

ALGUNOS TESTIMONIOS DE LAS CONDICIONES DE VIDA EN SANTIAGO DE CHILE: 1888 - 1918 *

ARMANDO DE RAMÓN
PATRICIO GROSS **

ABSTRACT

The article concentrates itself in the environmental conditions of the city of Santiago at that time as viewed by some national critics as well as by some foreign travellers. It covers different aspects such as housing problems, transportation, and health mainly, which are enhanced by the different writers at that time. The critics posed by the local writers to the living conditions show a deep and complex crisis in the country, its institutions and covering all the people, in a general overview.

There seem to be a generalised view of an idilic situation among the popular sectors of the city, view that is strongly demystified by the authors through the very critic statements gathered from different sources stemming from period. These testimonies help us to appreciate in a more detached manner the prevailing ideas about the environmental problems at that time.

Aunque la crítica a la sociedad y a las instituciones ha sido una constante en los países europeos y americanos, creemos que muy pocas sociedades han sido objeto de un análisis más severo, implacable y descarnado como el sufrido por la sociedad de Santiago de Chile desde fines del Siglo XIX y durante los primeros años del Siglo XX. Tanto los propios chilenos como algunos de los extranjeros que visitaron esta tierra estuvieron de acuerdo en destacar las deficiencias, injusticias, lunares, lacras, vicios, fallas, irregularidades y demás anormalidades que empañaban la sociabilidad urbana y delataban las muy malas condiciones de la vida y del ambiente de nuestras ciudades, en especial Santiago.

Por todo esto pensamos que para aquellos que gustan de una historia almibarada y relamida, el conocimiento de las opiniones de tales críticos y, sobre todo su divulgación, será como echarles un balde de agua helada. Afortunadamente y durante estos últimos tiempos, varios estudiosos nacionales, entre los que cabe citar a Mario Góngora, Hernán Godoy, Cristián

* El presente artículo resume algunos documentos que han sido compilados dentro de una investigación más amplia, referida al medio ambiente y la calidad de vida de la ciudad de Santiago entre 1870 y 1940. Esta investigación ha sido patrocinada por la Dirección de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a la cual los autores agradecen su colaboración.

** Profesores Titulares de los Institutos de Historia y Estudios Urbanos, respectivamente, de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Gazmuri y Gonzalo Vial¹, han destacado las características negativas que mostraba la sociedad chilena al iniciarse este siglo, en especial en la época en que se conmemoraba el primer Centenario de la proclamación de la Independencia.

Destacaremos únicamente que la denuncia de esas malas condiciones se hizo principalmente desde el interior del país por hombres patriotas y honestos: "Decir la verdad significa amar a su pueblo y creer que aún puede levantársele, y yo adoro a Chile, amo a mi patria desesperadamente, como se ama a una madre que agoniza"².

Por esto, la crítica de los extranjeros, aunque referida a aspectos materiales muy determinados, sólo fue un coro que acompañó a los solistas nacionales, algunos tan nobles y destacados como Enrique Mac-Iver, Francisco Antonio Encina, Luis Emilio Recabarren, Agustín Ross y Alberto Cabero, y otros menos conocidos, pero cuya voz también clamó con valentía para corregir los defectos que observaban.

La crítica de los autores chilenos estuvo, sin embargo, centrada en dos grandes temas, siendo el primero y principal la crisis moral y social de la República, análisis amplio del problema que alcanzó a constituir toda una interpretación del desarrollo histórico del país y tocó temas muy agudos, aunque generales, como la pérdida de las virtudes públicas, desmoralización, desgobierno, falta de energía para imponer ciertos ideales y otros semejantes. Estos temas, por querer centrarnos ahora en aspectos relativos a las características ambientales de la ciudad, sólo los dejaremos enunciados. El segundo asunto que ocupó la atención de estos analistas se refirió a la cuestión social, la que se acercaba más a los detalles de las miserables condiciones de vida de las clases bajas urbanas, afectando a la ciudad entera. Sin embargo, estas consideraciones son escasas en la obra de aquellos ensayistas, por lo cual sólo citaremos dos de los más explícitos. Los extranjeros, en cambio, pusieron todo su énfasis en estos aspectos materiales de la realidad que percibían a su alrededor, aunque por lo general no fueron capaces de explicar el fondo de este magno problema.

El debate se extendió durante muchas décadas. Iniciado inmediatamente luego de la Guerra del Pacífico, en los años de 1880, continuó hasta los finales del período político llamado "parlamentario", unos cuarenta años aproximadamente, durante los cuales la prensa, el debate en el Congreso Nacional, los ensayos, artículos e incluso panfletos, hicieron gran caudal de este problema, dejándonos innumerables testimonios de esta absorbente preocupación. Hacia 1924, con la dictación de las llamadas "leyes sociales", el debate fue cambiando hacia otros temas, no menos candentes, pero que tocaban más a la organización institucional que se estaba dando a la nueva república chilena en los albores del predominio de la mesocracia.

Nos referiremos aquí sólo a algunos aspectos de esta discusión, de acuerdo a testimonios que de 1888, el más antiguo, a 1918, el más reciente,

¹ De los autores citados queremos destacar las siguientes obras: Mario GÓNGORA, "Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX", ediciones de la Ciudad, Santiago, 1981; Hernán GODOY, "Estructura social de Chile", Ed. Universitaria, Santiago, 1971; Cristián GAZMURI, "Testimonios de una crisis. Chile 1900-1925", Consejo de Rectores, Ed. Universitaria, Santiago, 1980; Gonzalo VIAL, "Historia de Chile, 1891-1973. La sociedad chilena en el cambio de siglo 1891-1921", ed. Sanvillana del Pacífico S.A. Santiago, 1981.

² Vicente HUIDOBRO: "Balance patriótico", cit. por M. Góngora, op. cit., p. 114.

subrayan que había consenso sobre la existencia de una crisis que afectaba a todos los ámbitos de la nación. Por lo tanto, como ya se ha anunciado, incluiremos las opiniones de sólo dos autores chilenos y las de seis autores extranjeros, en lo que dice relación con los problemas específicos de la calidad de vida y del medio ambiente que observaron en Santiago de Chile.

Uno de los críticos nacionales más citados ha sido el profesor Alejandro Venegas que escribió en 1910 bajo el seudónimo del Dr. Valdés Canje³. En sucesivas cartas dirigidas al Presidente de la República, este autor acusaba que los orígenes del defectuoso desarrollo urbano radicaba en haber entregado el control de la vida de la ciudad a organismos como los municipios, los cuales, convertidos desde 1891 en una poderosa fuerza electoral y económica, cayeron en manos de los grupos más inescrupulosos e inmorales. Ellos convirtieron a las ciudades chilenas y en particular a Santiago, en un "amasijo de mármol y de lodo, de mansiones que aspiran a palacios y de tugurios que parecen pocilgas, de grandeza que envanece y de pequeñez que avergüenza"⁴. La capital de Chile, pese a que pretendía recibir por esos años dignamente el centenario del Primer Gobierno Nacional, no había podido "ocultar sus calles mal pavimentadas y cubiertas de polvo, sus acequias pestilentes, sus horrosos conventillos que en vano trata de disfrazar con el nombre modernísimo de *cité*, sus interminables y desaseados barrios pobres"⁵.

Este mismo autor denunciaba la expansión del radio urbano en forma desmesurada, lo cual se debía a la acción de los especuladores de terreno que sólo loteaban y vendían, pero que no urbanizaban ni dotaban a las nuevas áreas de ninguna comodidad, verdadero presente griego dejado al municipio respectivo: "Así han brotado alrededor de Santiago veinte i treinta poblaciones que serán la causa de que ni en cien años más nuestra capital deje de ser un inmenso caserío sin comodidad, sin belleza y sin higiene"⁶.

Mostraba gran pesimismo por el futuro de la habitación popular, pues achacaba a las cajas de ahorro el derroche de sus fondos en jugosos sueldos al personal burocrático demasiado numeroso. Lo anterior hacía ilusorio el ahorro por el bajo interés pagado, afectando esto a la inversión que no se canalizaba hacia un número suficiente de viviendas para así solucionar el problema. Agregaba: "Por lo que respecta a la construcción de habitaciones para obreros, tengo el temor de que la cosa quede en el papel; hasta ahora creo que no se ha hecho nada positivo y no sería sorprendente que la mayor parte de los fondos destinados al objeto, quedara sin invertirse y tuviera que volver a arcas fiscales"⁷.

Otro crítico, no menos duro, y también muy bien informado, Luis Emilio Recabarren, en una de sus obras⁸ hacía un crudo análisis de varios aspectos concretos de la realidad urbana de los sectores más modestos,

³ Dr. J. VALDÉS CANJE: "Sinceridad. Chile íntimo en 1910", Imprenta Universitaria, Santiago, 1910.

⁴ Op. cit., p. 161.

⁵ Ibid.

⁶ Ibid., p. 162.

⁷ Ibid., pp. 209 y 210.

⁸ LUIS E. RECARBAREN: "El balance del siglo: ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana", en H. GODOY: "Estructura social de Chile", pp. 299 y ss.

centrando sus comentarios en la vivienda popular: "La vida del conventillo y de los suburbios, son la escuela primera obligada del vicio y del crimen. Los niños se deleitan en su iniciación viciosa empujados por el delictuoso ejemplo de sus padres cargados de vicios y de defectos. El conventillo y los suburbios son la antesala del prostíbulo y de la taberna". Y agregaba: "El conventillo y los suburbios han crecido quizá en mayor proporción que el desarrollo de la población. Y aun cuando se alegara que el aumento de los conventillos ha ido en relación con el aumento de la población, no sería éste un argumento justificativo ni de razón. El conventillo es una ignominia. Su mantenimiento o su conservación constituyen un delito"⁹.

Los extranjeros que visitaron el país no fueron más moderados en sus comentarios. Uno de ellos, Juan Gabriel Serrado, decía en 1895 que la ciudad de Santiago presentaba un aspecto colonial con la mayoría de sus casas de baja altura, cubiertas con teja española de canaleta. Los alrededores y arrabales, en cambio, estaban compuestos exclusivamente por "ranchos de paja y barro"¹⁰, y sus calles empedradas con cantos rodados todo lo cual hacía desvanecer el interés por permanecer en la ciudad. Y a continuación agregaba: "La ciudad de Santiago es sucia por excelencia: no se conoce el servicio municipal de barrido, el riego tampoco se hace"¹¹. Sólo en las calles principales un carro recogía la basura, pero ésta era desparramada en los alrededores en cualquier sitio. No existían obras de salubridad, lo cual se hacía palpable en el principal paseo de la ciudad, la Alameda de Las Delicias, por la cual corrían dos acequias descubiertas las que en ciertas horas "despiden olores pestilenciales provenientes de las aguas en descomposición a causa de las suciedades que a ellas arrojan y también por ser el lecho de los mingitorios y letrinas públicas que existen en la Avenida"¹². No le extrañaba, por tanto, que el tífus, la difteria y otras enfermedades tuviesen allí el carácter de endémicas.

Para otro viajero, Albert Malsch, todo en Chile era apariencias. El país presentaba "una fachada grandiosa y nada tras ella"¹³, lo cual estaba muy bien ejemplificado en las casas de la clase alta y en los edificios públicos recubiertos de yeso: "Majestuosas columnas, frisos, capiteles, zócalos ve-teados de mármol; pero por favor, no lo toquéis porque el pedazo quedará en vuestros dedos. Aquí como allá todo está falsificado, todo suena a hueco"¹⁴. Y a modo de síntesis agregaba: "Las carreras del Club Hípico con bellas toilettes en los lugares de privilegio y con el horizonte de las montañas frente a las tribunas; la ópera italiana, todo el mundo conversa dando la espalda a la escena; los días de huelga donde el populacho se entrega al pillaje y arroja las estatuas por las ventanas, todo esto es necesario haberlo visto, haber sentido la cursilería, el horror o la belleza, para tener de Santiago una imagen viva delante de los ojos"¹⁵.

Partiendo de esta realidad, el memorialista desarrolló todo el resto de su crónica con el mismo espíritu. Nos relata que una vez visto el centro de la ciudad, se ha visto todo lo que puede mostrarse a un turista. El

⁹ Ibid., p. 301.

¹⁰ Juan Gabriel SERRADO: "Visita a Chile en 1895", Buenos Aires, 1898, p. 40.

¹¹ Ibid., p. 41.

¹² Ibid., pp. 41 y ss.

¹³ Albert MALSCH: "Le dernier recoin du monde. Deux ans au Chile", Geneve, 1907, p. 53.

¹⁴ Ibid., p. 56.

¹⁵ Ibid., p. 65.

resto de ella se componía de calles mal pavimentadas, bordeadas de casas bajas con la pintura descascarada; a lo largo de las aceras las cloacas conducían las inmundicias a cielo abierto. Bastaba caminar veinte minutos a pie para encontrarse en los barrios populosos donde doscientos mil "rotos" se albergaban bajo techos de vieja chatarra y entre muros de barro. Por allá carretas tiradas por bueyes conducían productos de los campos para su venta. En la sombra de los tugurios vagabundeaban los ebrios y el crimen: "Deseamos continuar; pero las cloacas crecen y se entrecruzan, las aceras han desaparecido, y ahora nos sumergimos hasta los tobillos en el polvo, y como no se ven ahora más que raras casuchas y perfiles de bandidos, uno debe rehacer su camino"¹⁶. Frente a la protesta de un buen santiaguino por estas expresiones y comentarios, y debido a la explicación de que aquello no era la ciudad, sino sus arrabales, el memorialista contra-atacaba diciendo que la ciudad se componía de diez o quince calles copiadas de las de Europa, barrio artificial, mientras que "bajo él (estaba) la lepra inmensa de los barrios pobres"¹⁷, que a veces se extendía hasta los sectores pudientes, pues junto a un palacio podía encontrarse una humilde choza con toda su miseria¹⁸.

En suma, para Malsch, salvo las calles centrales "el resto de la ciudad es aquella indescriptible cloaca a que ya he hecho alusión". "En todas las direcciones, en la prolongación de todas las calles, las casas se continúan sin presentar relación entre ellas: de la casucha a la barraca, de la barraca a la choza, hasta el extremo límite que distingue la guarida de la madriguera. Es verdad que allí se encuentran fábricas y almacenes de depósito. Se encuentran también parques con lagunas así como mataderos y curtiembres. Pero esos charcos y esos osarios no hacen sino agregar sus pestilencias a las de los propios moradores"¹⁹.

Con menos calor y pasión en sus juicios, en los demás cronistas se dieron, sin embargo, opiniones semejantes. Carrió, por ejemplo, en 1919, nos decía que "por más vigilancia que desarrolla el Municipio, en los barrios excéntricos se suelen arrojar desperdicios en las acequias con grave perjuicio para la salud pública, pues aquellas corren en muchos parajes al aire libre"²⁰. Esto, aunque con mayor moderación, es lo mismo que había ya expresado Malsch respecto a las cloacas. Mizgier, por su parte, asumió un fuerte aire crítico frente a la misma realidad. Nos dijo que "en ningún país del mundo he visto una miseria más repugnante que en Chile, sobre todo, en las ciudades" agregando que "los pobres y los miserables se encuentran en Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, en plena calle, cubiertos de andrajos asquerosos" lo cual hacía a los demás apartarse instintivamente de estos desgraciados en cuyas habitaciones se encontraban todas las enfermedades ocasionadas por la suciedad²¹.

Entre los aspectos positivos que todos estos viajeros destacaron se encontraba el paisaje circundante y el clima que disfrutaba la ciudad. Child nos refería que ella estaba situada en una larga planicie rodeada de montañas "siempre visibles" por lo cual ellas eran las que cortaban

¹⁶ Ibid., p. 53.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Ibid., p. 55.

¹⁹ Ibid., p. 57.

²⁰ CARRÍO: "Del Plata al Pacífico. Viajes por Chile y Bolivia", La Paz, 1919, p. 139.

²¹ MIZGIER: "Le Chili en 1919", Lyon, 1920, p. 168.

las perspectivas de las calles. El clima "es delicioso" con escasas precipitaciones y sin grandes variaciones termométricas mientras que "el sol brilla en el cielo puro con una constancia que reconforta el alma y contenta el espíritu"²².

Child recorrió diversos lugares y siempre quedó encantado con la vista y el paisaje. Desde el Santa Lucía se dedicó a observar el panorama y en especial "toda la planicie que se extiende hasta las sombrías montañas que la circundan", mientras a sus pies se mostraba la ciudad con sus techos de tejas rojas, sus patios desde los cuales se elevaban macizos de follaje, sus conventos y claustros, sus iglesias y torres y la Alameda dotada de grandes árboles. Lo notable de este relato es que esta experiencia del visitante transcurría durante una noche de luna, con lo cual indirectamente nos estaba hablando de la pureza de la atmósfera. Nos decía que la sombra espesa, misteriosa y penetrante era cortada por las luces de las calles o por los objetos que brillaban merced a los rayos de la luna. Sin duda, debió ser una noche de verano luego de un día en que el viento sur de las tardes había barrido las impurezas del aire, ya que agregaba que podía observar los contrafuertes de los Andes y el valle en tonos grisáceos, todo aclarado por una luminosidad extraordinaria²³.

No ocurría lo mismo con las áreas verdes que había en ese entonces en Santiago. Aunque a Child le gustaron mucho los pequeños jardines de la Plaza de Armas encerrados detrás de una verja que un guardián cerraba celosamente al llegar la noche, no tenía la misma opinión de los demás paseos. Por ejemplo, la Alameda de las Delicias se convertía para este viajero en una muestra patente de lo que eran los hombres y las cosas en Chile. Tenía todos los elementos necesarios para ser magnífica; pero la desidia y la falta de cuidados permanentes la mantenían en estado embrionario, de algo comenzado, pero nunca terminado²⁴. En este paseo, el mármol y el bronce de las estatuas estaba muy descuidado. Salvo un corto trozo donde se concentraban los coches que paseaban y los grupos de personas que iban a pie, el resto era triste, mal pavimentado y completamente desierto. Durante el día se daban cita en esta parte algunos campesinos que ordeñaban sus vacas, y se veían en ella pilas de melones para la venta, mientras que otros levantaban improvisadas barracas frente a las cuales se hacía fuego para calentar el almuerzo de los trabajadores que había en esos sectores²⁵.

Para Serrado, la vista de Santiago desde el Santa Lucía era notable y él mismo pudo observar las poblaciones del Llano del Maipo y de San Bernardo, logrando admirar gran parte del valle circundante y, por supuesto, toda la ciudad. En cambio, los paseos públicos le parecieron muy descuidados, citando como ejemplo el parque Cousiño: "Una extensión de terreno de veinte a treinta hectáreas de superficie, sembrada de árboles, en su mayor parte eucaliptus; en el centro una porción completamente despejada y separada del resto por una cadena, destinada al ejercicio de las tropas de la guarnición; la calle que la circunda a ésta no conoce el pión y basta la más leve brisa para levantar nubes de polvo; al sud se cultivan unos jardines compuestos en su mayoría de rosas y enredaderas sin importancia y por fin un lago con las aguas en completo estado de descomposición. En cuanto a la iluminación no existe, de manera que en

²² Theodore CHILD: "Les republics hispanoamericaines", Paris, 1891, p. 110.

²³ Ibid., p. 125.

²⁴ Ibid., p. 127.

²⁵ Ibid.

noches oscuras, aquello es una boca de lobo, guarida de gente de mal vivir. Y tan es así que a esas horas sólo van las gentes alegres”²⁶.

Pero fue sobre la vivienda popular donde todos los cronistas acentuaron sus trazos más negativos y acusadores. Realmente este tema es el que causó la mayor preocupación y asombro entre los viajeros quienes se admiraban de la abulia de una sociedad que mantenía semejante situación sin hacer nada de importancia para solucionarla.

Comenzaremos por Malsch que fue el más acerbo e irónico de los críticos de la sociedad chilena de principios del siglo. Nos dejó las siguientes y ácidas palabras sobre esta materia: “Allí, encerrados como los chinos, los más miserables se reúnen en un patio donde cada familia ocupa un compartimiento. A esto se llama “conventillo”, especie de falansterio donde cerdos, gallinas y niños se mezclan confundidos con la basura. Nubes de moscas se agitan sobre las acequias rojizas que fluyen hacia la entrada y se posan sobre la boca de los recién nacidos. Todos duermen sobre la tierra apisonada. Se hace la comida en una vieja olla de fierro enlozado y no hay otra agua que la de las cloacas que arrastran acarreado el tifus y la muerte”²⁷.

Charles Wiener, unos años antes, se había referido a la vivienda popular en términos no menos condenatorios que el anterior. Nos decía hacia 1888 que en los barrios excéntricos los “rotos” han sido instalados en una especie de ciudades obreras que se llamaron “conventillos”. En ellos, cada individuo o cada familia ocupaba una o dos piezas. Las mujeres veíanse continuamente instaladas frente a una cocinilla donde cocinaban equilibrándose en la estrecha vía que corría entre largas filas de piezas ordenadas a la manera de las cabinas o camarotes de los vapores. “El conventillo —agregaba— es el refugio en esta ciudad de la suciedad y a menudo del crimen. Es allí donde la policía tiene más trabajo, y es ahí donde la viruela y el cólera escogen casi exclusivamente sus víctimas. El “roto” no tiene hogar, la miseria se observa en los muros deteriorados de su pieza desprovista de muebles donde pieles de cordero sirven de literas”²⁸.

Child, igualmente, confirmaba el dicho de los anteriores agregando que los pobres vivían en público, ya sea en galpones, en casitas antihigiénicas, o en rudimentarias cabañas en los alrededores donde debían sentarse en el suelo como los indios salvajes pareciendo menos civilizados —son sus palabras— que los campesinos rusos más miserables. Debido a esto, los pobres eran resultado de una selección natural donde los más fuertes eran los que subsistían luego de triunfar de las pruebas de una infancia espantosa²⁹.

Estos viajeros se refirieron, asimismo, al transporte urbano. Respecto a esto último, Child nos decía que solían instalarse coches de alquiler en torno a la Plaza de Armas o en la Estación Central. Sólo algunos de los coches de la Plaza recibieron la aprobación de este cronista, muy benévolo por lo demás, quien agregó que se trataba de unos *landós* tirados por dos caballos que ofrecían un contraste notable con los coches ordinarios o corrientes de Santiago, usados, desvencijados y sucios, arrastrados por miserables caballos flacos y conducidos por un ser grosero y estúpido³⁰. Y

²⁶ SERRADO: op. cit., pp. 57 y ss.

²⁷ MALSCH: op. cit., pp. 57 y ss.

²⁸ WIENER: “Chili & Chiliens”, Paris, 1888, p. 26.

²⁹ CHILD: op. cit., p. 123.

³⁰ Ibid., p. 111.

agregaba: "Los coches de Santiago que toma el viajero a su llegada a la Estación, son una vergüenza para una tan rica ciudad"³¹. Cerca de la Plaza circulaban, asimismo, entre los tranvías y los coches de alquiler, carros de carga tirados por tres caballos o por tres mulas, una de las cuales era conducida por el carretelero, así como carretas tiradas por cuatro bueyes que curvaban la cabeza bajo el peso del yugo, siendo precedidos por un conductor armado de un largo palo de bambú para dirigir a las bestias. Completaban el paisaje varios individuos montados a caballo o en mulas, vestidos de ponchos y tocados de enormes panamás fijados bajo el mentón por cordones negros³².

Esto se decía en 1890. Para Juan Gabriel Serrado, cinco años más tarde, las comunicaciones al interior de Santiago eran fáciles y baratas pues las líneas de tranvías eran numerosas y corrían en todas direcciones, convergiendo en la Plaza de Armas: "Por cinco centavos puede trasladarse donde se quiera dentro del municipio", en cómodos carritos que disponían de imperial y estaban dirigidos por mujeres: "Esto, que a muchos ha llamado la atención, hace que el servicio no se interrumpa, como sucede muchas veces en los hoteles y confiterías que comúnmente se quedan sin servicio a causa de la embriaguez (masculina) tan generalizada"³³. Por lo que respecta a los coches de alquiler, coincidía con el anterior cronista en que eran sucios y viejos, y estaban tirados por caballos tan flacos que daban compasión, mientras que sus cocheros eran mal educados y vestían el clásico traje del "roto", sombrero de anchas alas, generalmente de paja y poncho³⁴.

Lo anterior parece ser el balance de una época donde, para una ciudad como Santiago y en materia de medio ambiente, el saldo deudor resultó demasiado abultado. Todos, nacionales y extranjeros, coincidieron en una apreciación muy negativa y crítica, presentándonos al país, sus autoridades y clase dirigente, dominados por la incapacidad y por la desidia.

Pero también debe ser recalcada la reacción originada por aquella ola de juicios y reproches. La rectificación vino después de mucho tiempo, tímida al principio y en forma más decidida después, ocasionando una serie de reformas sociales y económicas que dieron forma a la nueva república chilena surgida de la Constitución de 1925. Esta reacción, con sus méritos y con sus defectos, fue capaz, sin embargo, de reemplazar a aquella vieja sociedad carcomida —como la llamó Vicente Huidobro— llena "de tumores y de supuraciones de cáncer como si hubiera vivido dos mil años y se hubiera desangrado en heroísmo y conquistas"³⁵.

Estos comentarios tristes y depresivos han sido expuestos sin emitir juicios, ya que los autores estiman que son suficientemente expresivos y elocuentes por sí mismos. Todos ellos proporcionan un punto de partida para iniciar investigaciones sobre el medio ambiente y la calidad de vida de la ciudad de Santiago que confirme o modifique estas censuras.

³¹ Ibid.

³² Ibid.

³³ SERRADO: op. cit., pp. 43 y ss.

³⁴ Ibid., p. 44.

³⁵ Vicente HUIDOBRO: "Balance patriótico", cit. por Góngora, op. cit., p. 113.